

Levantamiento contra las tropas francesas

Se extiende la rebelión

Los combates en Madrid alientan la lucha contra los 100.000 ocupantes franceses

MIGUEL ÁNGEL VILLENA
Madrid

La sublevación madrileña de ayer, que previsiblemente tendrá una amplia repercusión en toda España, marca un punto de inflexión en la relación con la presencia francesa en nuestro país. No obstante, los levantamientos populares salpican todo el país con una cadencia muy irregular, del mismo modo que la ocupación de las tropas francesas se está produciendo de una forma paulatina y concentrada en diversos escenarios. Los vaivenes bélicos, los alineamientos políticos y las intervenciones de otros países, como Inglaterra y Portugal, complican el panorama del conflicto.

En la actualidad, algo más de 100.000 soldados franceses se encuentran desplegados, a las órdenes del mariscal Murat, en cinco frentes: Lisboa, Toledo, los alrededores de Madrid, la ruta vasco-castellana hacia la capi-

tal, y Barcelona. El contingente de Portugal, integrado por el Primer Cuerpo de la Girona está al mando de Junot, mientras la zona toledana está dirigida por Dupont. Entretanto, Moncey encabeza las fuerzas cercanas a la capital de España, Bessieres custodia el camino a Madrid y, por último, Duhesme se mantiene en Barcelona con las tropas de los Pirineos orientales que mantienen una precaria comunicación con Francia.

De este conjunto de fuerzas militares napoleónicas, una tercera parte son veteranos del Ejército regular y el resto uniformados menos preparados, que integran legiones de reserva y regimientos provisionales y de marcha. Los jefes militares franceses tienen previsto aumentar los efectivos del Ejército de ocupación hasta alcanzar una cifra cercana a los 200.000 hombres antes de la llegada del verano. Estos refuerzos significarán una relación de 1,5 a 1 con respecto a los uniformados españoles que

agrupan a unos 100.000 en tropas regulares y a unos 30.000 en milicias urbanas.

Este contingente español no incluye a las numerosas partidas guerrilleras que están surgiendo en muchas zonas de España. Esta irrupción guerrillera, que se ha convertido en una auténtica revolución y que engloba a grupos muy heterogéneos,

Las tropas de Napoleón se centran en controlar las ciudades

está trastocando las estructuras del Ejército español, que hasta ahora ha estado mandado por aristócratas. Esta guerra de guerrillas ha derivado en un permanente hostigamiento para las tropas francesas, que tienen órdenes de controlar sólo las ciudades y descuidan, por ello, los

caminos y las comunicaciones. El desgaste está resultando todavía mayor para los imperiales si consideramos que la doctrina de Napoleón ordena que sus ejércitos financien su propia guerra a partir de los saqueos, los robos y la incautación de bienes y haciendas. Esta política provoca constantes enfrentamientos con los españoles.

No obstante, la actual superioridad militar francesa no obedece sólo a un número mayor de soldados, sino también a la movilidad que permite un ejército organizado en divisiones, una fórmula muy novedosa que consiste básicamente en grandes unidades autónomas que están preparadas para la marcha y el combate e integran a todas las armas. Ahora bien, esa ventaja inicial se está diluyendo por la resistencia española a los designios del emperador, por los reveses sufridos, por la creciente oposición popular al expolio de guerra y por la necesidad francesa de atender otros frentes.

La flota inglesa bloquea la entrada al puerto de Cádiz

ROMÁN OROZCO, Cádiz

El gobernador autorizó ayer que un niño de cuatro años, mitad blanco y mitad negro, pueda ser exhibido con el fin de recaudar fondos para liberar a su padre, cautivo. El infante, de cuatro años, tiene cara, pies y brazos de color blanco, y el resto del cuerpo es negro como el carbón; a modo de pelo muestra unas cerdas rubias iguales que las de los cochinos. La entrada a la casa donde mora cuesta un real de vellón.

Ésta era la noticia más curiosa ayer en Cádiz, aunque otros acontecimientos más relevantes ocuparon la atención de los gaditanos. En los centros de reunión, como el café Apolo, se comentaban las últimas medidas tomadas por los gobiernos del continente contra el comercio inglés.

Los ingleses, cuya flota aún bloquea la bahía gaditana, van a tener serias dificultades para proveerse de cuantas materias primas necesitan para su desarrollo. El joven escritor gaditano Antonio Alcalá Galiano comentaba que a los ingleses les faltarán, además de nuestros vinos, materias primas fundamentales para su desarrollo: lino, cáñamo, lana merina, maderas de construcción, betunes, cochinillas...

De ahí derivó la conversación hacia la abundante presencia de tropas extranjeras en Cádiz. Ayer se hallaban presentes en la bahía tres flotas: la española y la francesa, mezcladas y en buena armonía, y la inglesa, bloqueando la entrada a puerto.

Hay, además, cuatro regimientos de infantería, aunque el capitán general de Andalucía, don Francisco Solano, se halla estos días ausente de Cádiz, ocupado en la campaña portuguesa. A los miles de marinos y soldados se suman los 60.000 civiles. Algo menos que en el pasado siglo, el más glorioso para Cádiz, cuando el comercio con las Indias pasaba en casi su totalidad por nuestro puerto y llegaban mil barcos al año. Pero la decadencia de la ciudad no se produjo porque acabara el monopolio del comercio con las Indias, sino por las guerras con Inglaterra. A pesar de todo, sobreviven muestras del antiguo esplendor. Ayer estaban amarrados en los muelles casi un centenar de navíos con destinos tan dispares como La Habana, Cartagena de Indias, Portobelo, Santiago de Cuba, Montevideo, Buenos Aires, Estados Unidos y varios países europeos.

Esta masiva presencia de extranjeros hace de Cádiz una ciudad abierta. Hay muchos ilustrados que ven en Francia el progreso y el desarrollo, frente al oscurantismo de Carlos IV, al que consideraban "débil y necio".



Napoleón, victorioso tras derrotar en la batalla de Austerlitz a las tropas rusas y austriacas en diciembre de 1805. / ÓLEO DE FRANÇOIS GÉRARD

Vientos independentistas en ultramar

Simón Bolívar y José Félix Ribas alientan movilizaciones desde Caracas

JUAN JESÚS AZNÁREZ, México

A mediados de enero llegó al puerto de Veracruz un bergantín con pliegos del Consejo de Indias, el ministerio de colonias americanas, y con noticias que alarmaron a los españoles y criollos contrarios a las concesiones españolas a Napoleón Bonaparte, preocupados por el progresivo *afrancesamiento* del gobierno realista. Los informes difundidos en Nueva España decían que el 18 de octubre del pasado año una división francesa, a las órdenes del general Delaborde, había cruzado los Pirineos, rumbo a Portugal, en cumplimiento de la alianza con París.

El despliegue galo en la península refuerza las ambiciones de gente como los mantuanos Simón Bolívar o José Félix Ribas, empeñados, desde Caracas, en agrupar a las provincias de ultramar y hacerlas independentes aunque sea a costa de una guerra. Todos ellos invocan las ideas liberales del movimiento de independencia de las trece colonias de Norteamérica y leyeron a fondo a los ilustrados de la revolución francesa. Otros grupos ilustrados, aristocráticos o adinerados del virreinato de Nueva España y Nueva Granada, y en las capitanías de Cuba y Puerto Rico permanecen expectantes, celebran actos de afirmación patrióti-

ca, maldicen a Manuel Godoy o porfían sobre sus negocios o el destino de las rentas indianas ante una eventual dominación de Francia sobre España.

Las noticias sobre lo que pueda ocurrir en la metrópoli no son del todo claras porque los barcos con información fiable tardan en llegar entre dos y cinco meses. Las cosas, a veces, se deforman y algunos clérigos ya anticipan el advenimiento de una España, ungida a Francia, atea y libertina. La derrota de Trafalgar, hace tres años, en la que Madrid y París perdieron su flota de guerra frente a los ingleses, explica en buena medida la actual agitación social y

política, españolista, autonomista o secesionista, en Indias. Es así porque el desastre naval tuvo consecuencias graves. La alianza hispano-francesa de 1800 resulta bastante pernicioso, a ojos de muchos españoles y criollos. Inglaterra, crecida, atacó el flanco americano del imperio español.

A los indios y mulatos, el curso de los acontecimientos no parece preocuparles en demasía, pues las decisiones sobre su futuro apenas les pertenecen. No es así en el caso de los nobles y los españoles y sus hijos nacidos en América, los criollos, que cuidan cuantiosas fortunas e intereses comerciales en las colonias.